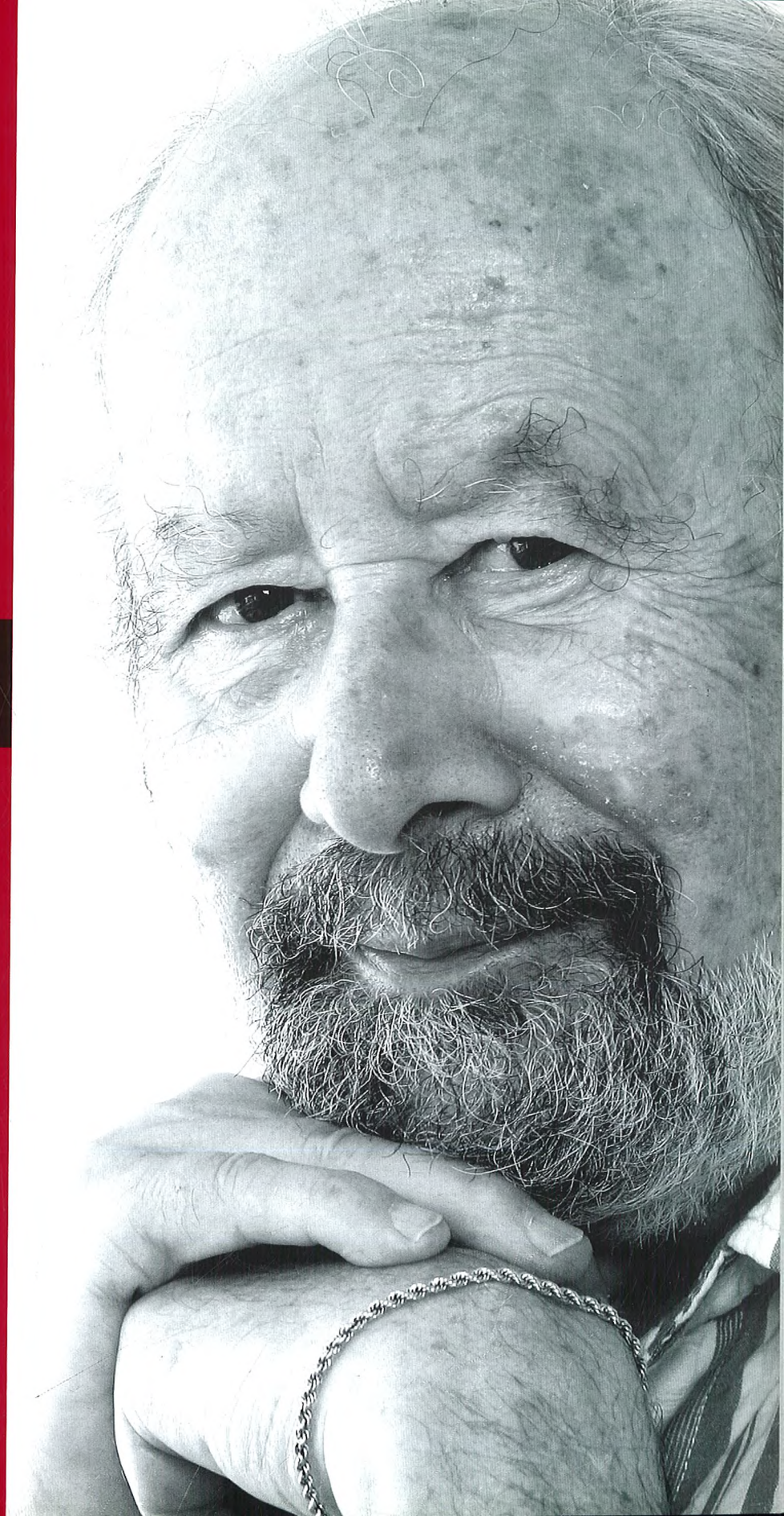
Entrevista a José Manuel Caballero Bonald:

# Entre la acción y la melancolía

Anna Caballé
Fotos: Borja Luque



# 1

La trayectoria literaria de José Manuel Caballero Bonald es sin duda una de las más sólidas de la cultura española contemporánea. Por supuesto que ha llovido mucho desde la publicación de su primer libro titulado *Las adivinaciones* (Adonais, febrero de 1952) cuando un joven de 26 años recogía en Madrid, después de marear al linotipista con urgentes cambios de última hora, el librito en el formato típico de la colección de poesía Adonais: "lo primero que me disgustó, aún sabiéndolo de antemano: que el librito era realmente de formato muy pequeño y que el cuerpo de la letra aún lo era más". Caballero Bonald pasaría aquella tarde del 29 de febrero de 1952 (fue un año bisiesto) con algún ejemplar en el bolsillo de la chaqueta, ilusionado y dispuesto a mostrárselo a las personas adecuadas con las que se pudiera encontrar. Al parecer no fue una buena tarde y sólo tuvo ocasión de compartir la gran noticia que es siempre un primer libro con su hermano Rafael. Aquella noche, él mismo, un tanto perplejo por lo sucedido, sería el único lector de *Las adivinaciones*. Por más que eso sea lo habitual, es una vivencia que duele y es fácil pensar que puede sumir al escritor en la incertidumbre de la experiencia literaria. En general, no se va mucho más allá en ese punto.

El último poemario del escritor jerezano lleva por título *Manual de infractores*, se publicó en octubre de 2005, y la horquilla que va de un libro a otro constituye por el momento su obra escrita. Más de cincuenta años en activo. No es fácil sostener una carrera literaria a lo largo de tanto tiempo sin caer en la decadencia o el amaneramiento de algún tipo. No es su caso, desde luego, y lo cierto es que *Manual de infractores* sorprende por la fuerza de su voz poética, una voz que se muestra indignada ante la fealdad que sustituye al paisaje, una voz despierta en lo político ("¿A quién le pediremos cuentas?") y, como es habitual en su caso, exigente consigo mismo y con lo que le rodea. A muchos sorprende que la conocida rebeldía de Caballero Bonald se mantenga intacta, a pesar de premios y reconocimientos capaces de domesticar a cualquiera, pero por alguna razón es un hombre que se mantiene vigilante ante la debilidad y el apocamiento al que pueden conducir los años cumplidos.

Poeta, novelista, memorialista y editor, entre otras ocupaciones también vinculadas al mundo de los libros, su conocimiento de la literatura

y de la vida literaria (son dos cosas muy distintas que apenas se rozan), tanto española como latinoamericana, resultan abrumadores al lector de *La costumbre de vivir. La novela de la memoria II*, el segundo volumen de sus memorias literarias (Alfaguara, 2001). El escritor quiso hurtarse hasta cierto punto al compromiso del pacto autobiográfico sosteniendo en el subtítulo de su obra una idea de la que no ha abdicado desde que escribiera *Tiempo de guerras perdidas. La novela de la memoria I* (Anagrama, 1995) y es que por más que uno se apoye en sus recuerdos estos sobreviven de forma impura y están veteados de realidades imaginarias que los sostienen, hasta el punto de que puede resultar imposible su deslinde final. ¿Qué es lo que pertenece a la memoria verdadera y qué pertenece a la fantasía que la acompaña? ¿Es que pueden verbalizarse unos recuerdos si no es con un sostén creativo que los transforme en objeto artístico? Para Caballero Bonald imposible. De ahí la advertencia que constituye el subtítulo: memoria personal, sí, pero bajo el paraguas de una construcción plenamente narrativa cuya finalidad es estética por encima de cualquier otra consideración.

Creo que nadie con sentido común podría pensar otra cosa muy distinta: el propio Carlos Castilla del Pino, poseedor de la memoria más prodigiosa que conozco, en el comienzo del primer volumen de su autobiografía (*Pretérito imperfecto*, Tusquets, 1997) advertía de la otra cara de la memoria: "La buena memoria es sospechosa. Olvidar es una forma, económicamente necesaria, de disolver aquella parte de nosotros que por diversas razones no toleramos". Así que memoria, creación, olvido... Todos conocemos los severos límites que impone el recuerdo del pasado: es un recuerdo trufado de olvidos y vacíos más o menos significativos y de ahí el valor que se requiere, en mi opinión, para rescatarlo de una inercia vital capaz de engullir al individuo en la simple y difícil lucha diaria. Dicho esto, creo que lo importante de la empresa o proyecto es dónde se pone el énfasis del relato autobiográfico, si en los componentes ficcionales que necesariamente suturan cualquier texto memorialístico, o bien en la voluntad de mostrarse lo más fiel posible a la experiencia de la vida ya vivida.

## 2

Llego a la casa madrileña de José Manuel Caballero Bonald, Pepe para todos sus amigos, y de Pepa Ramis una soleada y ventosa tarde de primavera. El matrimonio vive en un piso amplio, con libros que tapizan las paredes de las dos piezas contiguas –el estudio y la biblioteca- y que reciben al visitante nada más entrar. "Aquí tengo la poesía de primera fila", me dirá Pepe a poco de llegar, porque no hay duda en que el escritor jerezano piensa fundamentalmente en clave poética su relación con la literatura. Aunque la escritura poética, el gusto por el verso viene y va en su caso, según dice: "Es una defensa cuando la realidad te asquea" comentó en una entrevista reciente (Jesús Ruiz Montilla, *El País*, 1/12/2005).

Nos sentamos. Caballero Bonald elige su sillón de costumbre y yo quedo enfrente, en un cómodo sofá de la biblioteca. Es un hombre educado y afable, aunque algo reservado. Da la impresión de ser alguien que está en conflicto consigo mismo, prisionero de estados de ánimo muy cambiantes y que hace lo posible por mantener a raya su carácter a veces díscolo e intemperante. En sus memorias comenta algunos episodios protagonizados por ese ramalazo de acritud, de "belicosa vehemencia" como dice él y que parece no satisfacerle en absoluto.

Las veces que lo he tratado siempre me ha dado la impresión de rozar apenas la superficie de una humanidad que desconozco. Es como si trataras con la punta de un iceberg cuya masa permanece oculta bajo el océano. Algo así.

El otro referente de la amplia estancia donde conversaremos es el mar: una colección de utensilios marinos, algunas maquetas de veleros antiguos, agujas de marear, corales ... "Ahora estoy pensando en vender la casa de Sanlúcar de Barrameda e irme a vivir a Cádiz: me gustaría comprar un ático desde el que pudiera ver el mar, pero un mar activo, con barcos yendo y viniendo del puerto. Todo eso". Y recuerda una frase de Coleridge –"el mar no tiene memoria"- para hacerme observar que el mar es otro mundo, que no guarda relación con la tierra firme. Y, en efecto, sobre la superficie lisa de las aguas no quedan rastros del tiempo que habita en ellas. El mar no es como la tierra cuya superficie guarda las cicatrices de lo que ha acontecido en ella. Sin embargo, también los fondos marinos van escribiendo como en un libro las agresiones que sufren de modo que también el mar, pienso, tiene memoria.

Pero el punto de vista de Caballero Bonald es muy interesante, y distinto, porque tiene que ver con otra idea: la experiencia del mar transforma al hombre. "Nada de lo que pasa en el mar tiene paralelo con lo que pasa en tierra: las conversaciones, el paso del tiempo, las preocupaciones, todo es distinto en el mar. Yo, por ejemplo, allí me vuelvo más apacible. Antes, cuando llegaba a casa después de navegar iba más sereno, con una nueva claridad sobre las cosas. El mar me ayudaba a pensar, a ver claro". Sus escritos sobre el mar fueron recogidos en un volumen titulado *Mar adentro* (Temas de Hoy, 2002) y es en ellos donde expone su convicción de que el mar es una imagen perfecta de cuanto desconocemos. De modo que la relación con el mar lo es también con nuestros terrores más instintivos. Sostiene que su afición a la literatura le vino leyendo novelas marinas ... *El lobo de mar* de Jack London, por ejemplo, pero se diría que el poeta lleva la estética de la palabra incorporada en lo más profundo de su piel, de modo que London no pudo ser sino el desencadenante de algo anterior que ya le habitaba.

1. *Manual de infractores* es un libro escrito con cierta, evidente, indignación. Dime tres cosas que te irriten profundamente.

- ¿Tres? ¿Por qué tres? Cada vez hay más cosas que me irritan, que me exasperan. Se conoce que con los años me vuelvo más irritable. Y no tengo por qué dar la callada por respuesta, no me conformo, aunque sea una inconformidad de andar por casa. Por ahí siguen haciendo de las suyas los gerifaltes de turno y por ahí se generaliza el desprecio a los derechos humanos, la insolidaridad, las mentiras colaterales, las guerras inicuas, las hambrunas... También tenemos al enemigo en casa, no hay más que echar un vistazo por ahí: las actitudes acomodaticias, la derechización general, el nacionalcatolicismo que vuelve, los resabios neofranquistas de la derecha aznariana... En *Manual de infractores* se filtran de algún modo mis contiendas privadas contra todo eso, contra los gregarios, los fanáticos, los sumisos...

2. "Ibi bene, ibi patria" decía Cicerón. Allí donde se está a gusto, allí está la patria ¿es eso?

- Eso es... He tenido varias patrias, no muchas, cuatro o cinco, algunas muy repentinas, muy transitorias, otras me han durado toda la vida. Lo que nunca he tenido es una patria en sentido estricto, entre otras cosas porque todas las patrias tienen como un sello derechizante, retrógrado, de

resonancias castrenses, que las hace muy poco transitables. Eso de la patria como ideal es una especie de musaraña para distraer a sumisos y similares, y luego están esos idealistas de profesión que se pasan la vida salvando a la patria. "Patria, palabra triste como termómetro o ascensor", decía Neruda. Pues eso.

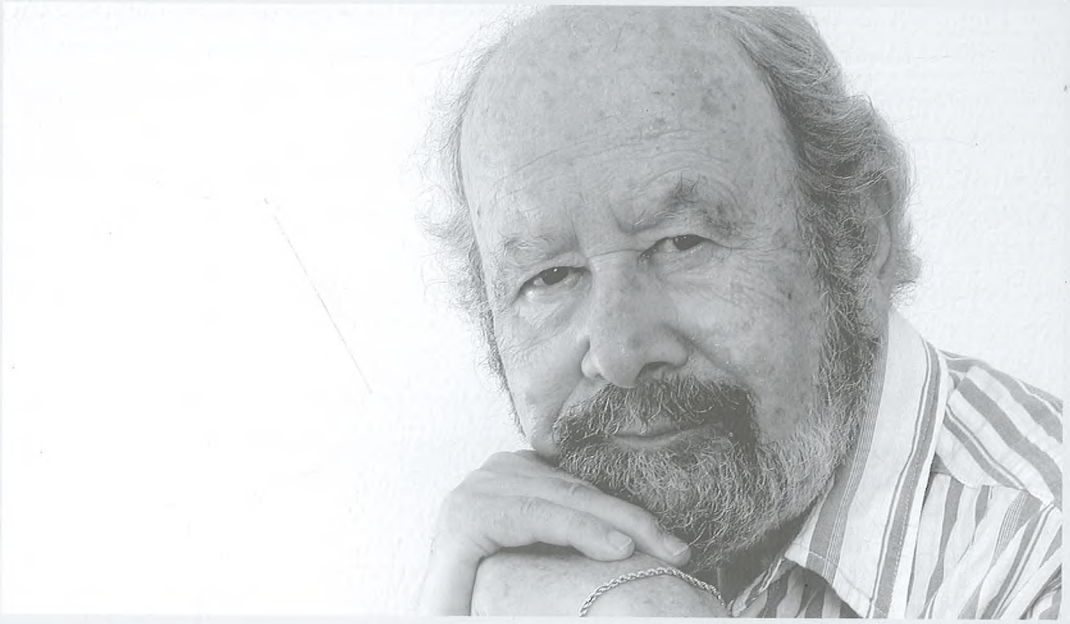
3. En tu opinión ¿por qué se extinguieron las avenencias entre la cultura catalana y la española? Tú mismo en tus memorias recuerdas el impacto cultural de aquel añorado encuentro de intelectuales en Segovia, en 1952, Aranguren conversando con Carles Riba, por ejemplo. O más tarde las cruzadas experiencias de la generación de los 50 a la que perteneces. Había la posibilidad real de intercambiar experiencias, enriquecerse mutuamente. Es evidente que al nacionalismo catalán más radical no le interesa lo más mínimo mantener puentes de diálogo con España sino aislar a Cataluña del resto del país. Pero también el nacionalismo español ha hecho lo propio ignorando la riqueza del bagaje cultural catalán e imponiendo determinados modelos culturales. ¿Dónde está la solución?

- No lo sé, nunca he pensado en ninguna solución posible para ese berenjenal. Todos los nacionalismos son restrictivos, hasta el nacionalismo democrático lo es, y además, tampoco sé si el nacionalismo radical catalán es el que intenta segregarse del resto del país o es el cerril nacionalismo español el que promueve su aislamiento de Cataluña. Es una vieja cuestión bastante compleja, de muy difícil salida. Hace años, en plena dictadura, la intercomunicación cultural de los disidentes se establecía con cierta razonable fluidez, porque la gente de la cultura catalana y la del resto de España luchaban juntas por las mismas libertades, contra el enemigo franquista común. Ahora los conflictos van por muy distintos caminos, se plantean desde enfoques muy diferentes. Aparte de que a mí todo eso de la unidad de España o de la rotura de España o del desmenuzamiento de España y cosas así me queda un poco a trasmano, me suena a esa retórica que usa la gente adicta a la obediencia ciega.

4. El estatuto andaluz ya está en marcha y la redacción del preámbulo ya ha levantado los primeros sarpullidos por el manejo que se hace de los tópicos. ¿El tópico es un peligro para la cultura andaluza?

- El tópico o, mejor, el falseamiento de la realidad cultural andaluza, es un peligro y un mal endémico. Detesto todo eso, todas esas majaderías

de los andaluces profesionales que tanto daño infringen a Andalucía. Yo soy andaluz, o pretendo serlo, a contracorriente, siguiendo un poco la modélica actitud de Cernuda respecto a tantas fanfarrias folklóricas. Andalucía está llena de toda esa quincalla meridional de que hablaba Ortega y, además, a los andaluces les encanta manejar esa quincalla, se sienten de lo más a gusto en medio de todas esas impresentables taras andaluzas: la mixtificación de la cultura, las ridículas actitudes de los mixtificadores. En Andalucía, el peor de cada casa se dedica a divulgar todas esas estupideces...



5. En *La costumbre de vivir* hablas de la vulgaridad activa del cine de Almodóvar (o en un nivel ya infame, podríamos citar a Santiago Segura): nos hunden a todos un poco más en los tópicos celtibéricos de la cultura española que tanto éxito cosechan fuera de nuestro país. A ti parece dolerte esa escenificación de la grosería que ahora se ha impuesto masivamente. ¿Cuáles son tus refugios?

- El cine de Almodóvar me parece de una manifiesta zafiedad. Yo puedo reconocer la pericia técnica del autor, me parece muy meritorio, incluso me congratulo de sus éxitos internacionales, pero no soporto su obra, me produce una impresión bastante incómoda, esa mezcla de mal gusto y espesura sexual. Bueno, si lo destaco es porque el cine de

Almodóvar tiene algo de arquetipo de una situación más generalizada. Se podrían aportar otras pruebas similares en otros campos. Hay mucho ídolo falso por ahí, algún día haré un glosario de ídolos falsos. El mejor refugio, el mejor antídoto contra todo eso, contra la grosería y la mala educación, es el simple hecho de ir a contracorriente.

6. Crees que el actual deterioro y corrupción del lenguaje es simplemente una fase decadente de nuestra cultura o representa un problema de mayor envergadura. ¿Te preocupa?

- Me preocupa y mucho, claro. Desde que empecé a escribir he sido fiel a esa defensa del lenguaje como herramienta de trabajo. ¿Qué escritor que lo sea de verdad no va a cuidar, mimar, mantener en el mejor estado posible ese caudal léxico, manejándolo a conciencia, valiéndose de toda clase de opciones indagatorias? Ahora, cuando oigo por ahí hablar con cierto desdén del papel del estilo en un texto literario, se me acentúa mi instinto de conservación de la literatura como obra de arte. Los críticos de periódicos suelen alargarse en sus reseñas contando la historia de un libro determinado, y a mí qué coño me importa lo que se cuenta en ese libro. Lo que me importa es cómo se cuenta, la calidad del texto, su seducción artística. El escritor que olvide que el estilo es el sostén, el factor desencadenante de toda auténtica literatura, es que se ha equivocado de oficio, es que confunde la literatura con la crónica periodística.

7. Pues a mí me interesa mucho esa defensa que hacen algunos escritores ingleses de la transparencia del estilo. Pienso en George Orwell, por ejemplo, o en Joseph Conrad cuando en el prólogo a *La línea de sombra* nos dice que lo que ha querido escribir es ese momento sutil, cuando la juventud da paso a la madurez. Ahí es donde me atrapa Conrad. No habla de las palabras que utilizará en su novela ni del efecto que puedan causar, sino de la experiencia humana que aspira a tratar. Para mi gusto hay demasiada manufactura, demasiado fuego de artificio en la literatura española y poca verdad. "La transparencia, Dios, la transparencia" dices tú mismo en un poema espléndido: ¿es compatible la voluntad de estilo con la transparencia?

- Sí, claro, ¿por qué no va a ser compatible? Aunque, a veces, la transparencia, como la sencillez, sea la trampa de los ineptos. A mí me parece que el estilo es un estado de ánimo, una manera de ser escritor.

El estilo va implícito en todo lo que yo pretendo hacer manejando el instrumento de la escritura. De todos modos, no creo que la transparencia sea un mérito, será en todo caso un sistema expresivo que concuerda con una determinada mentalidad de escritor. Lo que en ningún caso tiene sentido literario es la carencia de estilo. Insisto en lo mismo: un escritor sin estilo viene a ser un amanuense.

8. El retrato de Camilo José Cela, escritor tan vinculado a tu propia biografía, es muy contenido. Parece trazado con un tiralíneas. A Cela le debes cosas muy buenas (la experiencia de *Son Armadans*, por ejemplo) y cosas muy malas (la enemistad posterior entre ambos a causa de tu relación con Rosario Conde, tal vez que frenara tu ingreso en la RAE...). ¿Cómo valoras su indiscutible influencia en la literatura española?

- Cela fue un personaje muy complejo, muy contradictorio, muy ególatra. Pasaba de lo más rápido de las buenas maneras a la insolencia más arbitraria. Pero era un profesional muy hábil y un buen escritor, reactivó estilísticamente la tradición castellana del realismo y, a la vez, recreó una prosa de muy acusada seducción poética. Hay que releer dos libros suyos bastante olvidados y muy sugerentes: *Mrs Caldwell habla con su hijo* y *Oficio de tinieblas*, donde se articula una poética de superior atractivo. Siempre he sido fiel a esas lecturas, hoy desplazadas de la obra general de Cela gracias a otras retóricas y mimetismos inaguantables.

9. Claro, son dos libros experimentales y más próximos a tu idea del arte literario. Por cierto, y hablando del entorno de Cela, Charo Conde no se esperaba quedar al margen de la vida del escritor pero así fue. Hay escritores que deben mucho a sus mujeres: ellas han salvaguardado su vocación a prueba de reveses, los han ayudado a triunfar, pero después, a veces, se ven desplazadas. ¿Es que puede hablarse de una deuda matrimonial? ¿Qué recuerdo guardas de aquella relación?

- Prefiero no insistir en este asunto. Lo conté en mis memorias y punto.

10. Sorprende mucho en tus memorias la actitud que mantienes ante la vida profesional. Es la de alguien que a veces se muestra tan distante de lo que hace que parece que está como ausente. Tus comienzos en Madrid trabajando como negro, tus clases en Bogotá... Sales de estas experiencias

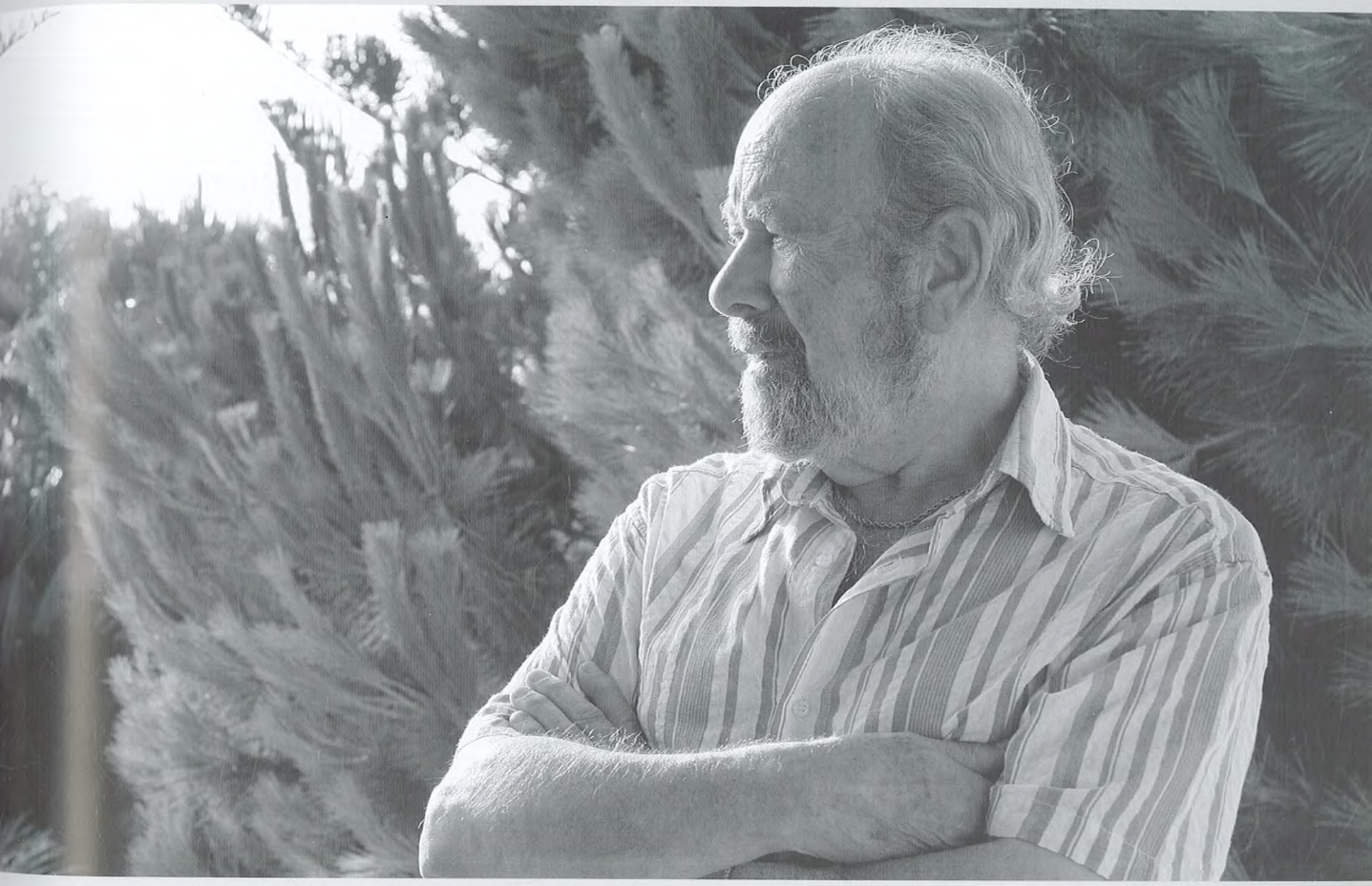
con un cruce de sensaciones: entre la contrariedad, la frustración y el tiempo perdido. Muchas experiencias biográficas evocadas en tus memorias se resuelven con esos sentimientos íntimos: contrariedad, decepción, desánimo ... ¿Cómo te ha tratado la vida?

- Yo suelo decir que soy un escritor discontinuo, intermitente, que sólo trabaja a tiempo incompleto. A lo mejor es que mi afición por la literatura es relativa. No tengo nada que ver con esos colegas que trabajan a destajo, cada día, desde las ocho de la mañana o antes. Dicen que si no escriben a diario sienten remordimientos, tal cual, y luego se reúnen y parlotean todo el tiempo de literatura. Yo no soy de esos, a mí sólo me interesa la literatura mientras escribo un libro, de higos a brevas, pero cuando lo termino me puedo pasar años alejado de todo ese mundillo profesional, nunca me he considerado adscrito a lo que se entiende por profesionalidad. Paso, eso sí, de estar entusiasmado, de trabajar diez horas al día o más, a desentenderme sistemáticamente del oficio de escritor. Quizá tenga algo que ver con esa actitud el hecho de que siempre he sido un poco depresivo, un ciclotímico que muda rápidamente de cierta euforia gratuita al abatimiento. Cuando estoy deprimido la literatura me parece un estorbo, una actividad ingrata, algo así. Y en los momentos más o menos normalizados, juiciosos, pienso que sí, que la literatura es un asunto que vale la pena y que la vida me ha tratado divinamente.

11. Me parece muy interesante la reflexión que haces sobre la génesis de la escritura literaria, como formalización u objetivación de unos recuerdos o intuiciones que se van acumulando en la memoria hasta adquirir una intensidad "casi gravosa", dices. ¿Escribir puede ser un imperativo para mantener la salud mental y no tener que trajinar permanentemente con los demonios interiores?

- La objetivación es un viejo método psiquiátrico. Uno se libera de sus obsesiones, de sus fijaciones mentales, objetivándolas, es decir, dándole carácter objetivo a una idea, sacando a flote tu intimidad. Pues lo mismo le pasa al literato, se libra de sus fantasmas particulares por medio de la escritura, se cura de sus preocupaciones a medida que las cuenta. Eso de escribir también es una buena terapia para no andar todo el tiempo con las mismas manías, con las mismas ideas fijas. Después de esbozar un poema donde se acomoda una emoción profundamente vivida o después de efectuar en prosa el examen de una experiencia particularmente intensa, uno se queda de lo más tranquilo, aunque sepa que ha usado las trampas del oficio.

12. Tu padre era republicano y azañista, tu madre muy católica aunque discreta y sin pretensiones de querer convencer a nadie de sus creencias. ¿Cómo resolviste esta oposición ?



- No tuve que hace ningún esfuerzo, vino rodado, fue un asunto que se resolvió solo. Lo único que necesitaba era valerme del respeto, o sea, del mismo respeto con que solventaron mis padres sus diferencias ideológicas. Supongo que se trata de una buena lección.

13. A veces da la impresión de que has vivido sobreponiéndote a una sensación permanente de desánimo. Tu padre era, al parecer, una persona vulnerable, con tendencia a la depresión y al aislamiento. ¿Crees que ha podido ejercer alguna influencia en tus estados de ánimo?

- Es posible, no estoy seguro. Insisto en que siempre he sido una persona bastante depresiva, he estado abatido por rachas y, salvo en algún tropiezo serio, he salido de esos baches sin otra ayuda que la de mi voluntad.

14. ¿Qué te llevó a escribir tus memorias?

-Quién sabe, tal vez mi falta de imaginación. Recuerdo que, después de escribir *Campo de Agramante*, a principios de los 90, pensé que lo que había hecho era ordenar un poco mis experiencias vividas, canalizando literariamente una nueva versión de los hechos. Así que seguí haciéndolo, sólo que con mayor acopio de datos provenientes de mi memoria. *Tiempo de guerras perdidas* es una consecuencia de todo eso: una especie de novela en la que yo soy el protagonista. Y lo primero que redacté fue lo más novelero, o lo más libresco: esos miembros de mi familia, todos Bonald de primer apellido, cinco exactamente, que eligieron la cama como lugar más idóneo para pasar la vida a partir de los 40 o 45 años. No está mal como tema literario.

15. Desde luego que no. El capítulo que dedicas a los acostados de la casa es memorable y está tratado con mucha delicadeza y comprensión. No me extraña que fuera el primero que escribieras porque contiene una especie de poética vital. Por cierto ¿tienes alguna autobiografía de cabecera?

- No. Lo que sí tengo es algún título predilecto que releo. Por ejemplo, los dos primeros tomos de las memorias de Barral: *Años de penitencia* y *Los años sin excusa*.

16. "Conociendo la habitación se conoce mejor al habitante" dices al hablar de Colombia y de tu deseo de conocer su geografía física, de recorrer sus contornos. ¿Cómo es el habitante de Jerez? Yo sólo he estado en Jerez dos veces pero quedé prendada del encanto que desprende la ciudad. Los restos que quedan de las antiguas casas solariegas, esas casas-palacio que todavía guardan, supongo, los secretos de aquella lejana ciudad britanizada y elitista. Una ciudad solar pero también hostil y depresiva en tus memorias, "lerda" dices, pensando en los años cuarenta.

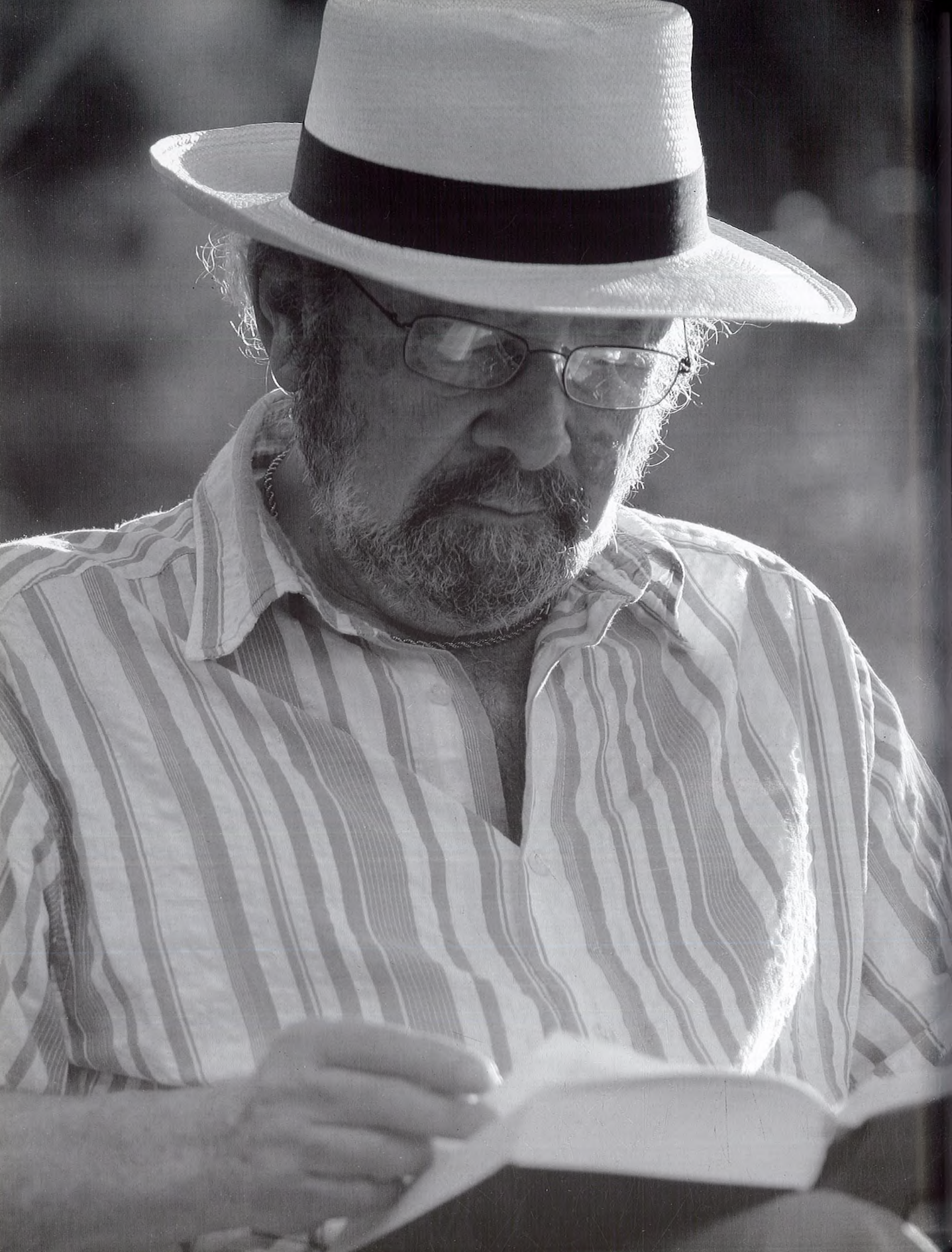
- Sí, Jerez ha sido una ciudad muy representativa de cierta retrógrada historia social de Andalucía. Pero todo eso se fue quedando atrás, fue desplazado naturalmente por la propia dinámica de la historia. Las viejas

normas y preeminencias clasistas se neutralizaron con el avance de la democracia y los nuevos esquemas de la economía. Esas grandes familias bodegueras se formaron a fines del XVIII, eran comerciantes ingleses y franceses que se cruzaron con la nobleza local, mantuvieron una cierta endogamia, mandaron construir magníficas mansiones barrocas y rigieron la vida ciudadana. Pero ya desde el último tercio del siglo XX, las empresas de viejo cuño familiar fueron pasando a manos de las multinacionales y todos esos encumbrados bodegueros, gentes a la vez exquisitas e ignorantes, perdieron poco a poco su poder, que era casi absoluto, y tuvieron que adaptarse a los nuevos tiempos. Todavía debe quedar por ahí algún señorito nostálgico, pero ya no pasa de ser una figura decorativa.

17. En dos novelas tuyas, *Dos días de setiembre* y sobre todo *En la casa del padre* evocas la sociedad jerezana que tú conoces mejor que nadie. Pero ¿no te has planteado nunca escribir la historia de los grandes bodegueros de la zona? Los Osborne, Garvey, Domecq, Terry, Williams, Gordon, Sandeman, O'Neale ... han sido grandes familias que apenas han mantenido contacto con el pueblo de Jerez: construyeron un habitat muy característico entre las juergas flamencas y el té de las cinco. Yo me imagino un libro al estilo de *Los Buddenbrook* de Thomas Mann donde igualmente se narrara la decadencia de una de aquellas familias burguesas a lo largo de varias generaciones. ¿Dónde está toda esa memoria del pasado jerezano?

- Yo quise escribir en tiempos esa historia, o sea, la novela de toda una familia de bodegueros arquetípica dentro de la órbita social jerezana. Yo de eso sé casi todo lo que hay que saber... Pero nunca encontré el entusiasmo preciso, me daba de pronto pereza, supuse que era un esfuerzo que no me compensaba literariamente, que era un tema excesivo para mi gusto o mis aficiones. Así que me quedé en un par de tentativas incompletas o no del todo suficientes: mis novelas *Dos días de septiembre* y *En la casa del padre*, algún fragmento de *Toda la noche oyeron pasar pájaros*... Si se soldaran esos distintos relatos parciales, a lo mejor resultaba un conjunto aceptable en este sentido... Al menos, el enfoque crítico tendría cierto valor testimonial, aparte del literario, claro, que es el que prevalece a la larga.

18. ¿De qué manera repercutió la censura (o autocensura) en tu obra tanto en prosa como en verso?



- De manera esporádica y, como estaba mandado, con la debida arbitrariedad. Eran gentes bastante lerdas, los censores. Nunca me prohibieron un libro completo, sino párrafos de prosas varias y poemas sueltos. Lo que también padecí fue la táctica del ostracismo, sobre todo en tiempos del Sr. Fraga Iribarne -el peor de todos- cuando tachaban la simple mención de mi nombre en cualquier texto, así sin más explicaciones. Era una mendacidad muy frecuente en esos años. Ya se sabe que a los sospechosos de rojos, aparte de meterlos presos, se les perseguía de muchas maneras a ver si acababan olvidados o borrados del mapa cultural.

19. Muchas veces te has definido como adicto a la disidencia cultural y con tendencia irresistible a bajar del pedestal a los encumbrados. Eso haces desde luego en tus memorias con muchos popes de la cultura: Luis Buñuel, Josep Pla, Juan Goytisolo, José Angel Valente, Pío Baroja, Hemingway (al que llamas el Merimée del siglo XX) ... Es una posición intelectualmente muy saludable porque nada resulta más inmovilizador que la sacralización, sobre todo si hablamos de literatura. Pero mi pregunta es ¿aceptarías esa mirada fría e implacable sobre ti mismo o sobre tu obra?

- No, no creo. Siempre me parecería que esa mirada tenía algo de aviesa, que era la mirada de algún malevolente. Tampoco me agrada que me adulen, detesto la adulación, me molesta mucho que anden elogiando mi obra sin ningún motivo serio... Pero yo sí me puedo criticar por cosas que he hecho y no me gustan, por cosas que he escrito y me desagradan, así que me considero más o menos autorizado para hacer lo mismo con los demás, qué menos.

20. ¿Cuáles son las personas que más admiras? A poder ser incluye algún vivo, alguien cuya existencia sea importante para ti.

- Pues vete a saber. Algún científico, algún justiciero, algún artista...

21. El segundo volumen de memorias arranca del otoño de 1954, de un absurdo viaje a Ávila que te sirve para ubicar al lector en una España cenicienta, mortecina, desconchada: en realidad, una afrenta estética. Y se cierra en 1975, año de la muerte de Franco. Hablas del "pusilánime acceso a la democracia" que supuso la transición. Al parecer seguimos en ella: cuando una herida se cierra en falso ya se sabe que no cicatriza del todo. Pero me sorprende que digas que después de la muerte de Franco

no encuentras nada interesante que contar. España anda metida desde entonces en un proceso interminable, pero necesario, de reconciliación nacional. ¿No lo ves así?

- No es que después de la muerte de Franco no hubiese nada que contar, qué va, es que después de la muerte de Franco yo, personalmente, tenía poco que decir respecto a mi propia peripecia vital. Bueno, eso lo he estado pensando durante años, cuando ya me había convertido en una especie de jubilado que se adormilaba junto a la chimenea o veía caer la tarde en el jardín, a la sombra de un pino. Eso no da para ninguna historia, a no ser que la historia consista en una sarta de reflexiones, de introspecciones, sin ninguna clase de acción. Lo que pasa es que se me han vuelto a agolpar los recuerdos y siempre que se me agolpan los recuerdos me pongo a escribir. Ahora recuerdo mucho la transición, tal como se desarrollaron los hechos, por fuera y por dentro, lo que eso supuso, ya se sabe, los pactos apresurados, la historia sin culpables, las cobardías, ese ten con ten que propició cierta soterrada persistencia del franquismo. Cada vez tengo más ganas de contar todo eso, mis temores, mis decepciones, el trayecto de mi experiencia durante ese último cuarto de siglo.

22. ¿Entonces, es posible que sigas con tu proyecto *La novela de la memoria* y escribas una tercera entrega?

- Ya te digo, es muy posible, pero aún no lo tengo decidido del todo. Hasta hace muy poco, sentía pereza hasta del simple hecho de ponerme a rebuscar en mis apuntes o mi memoria información sobre esos años, pero ahora me estoy liberando de los lastres de la abulia, de la desgana, que para mí, como escritor, son los que más me han afectado desde siempre. Y ahora además hay otro tipo de decepción: ¿para qué escribir tanto? ¿Vale la pena ya? Bueno, eso lo pienso en los días de abatimiento, porque de pronto me atenaza la idea de ponerme a trabajar en ese tercer volumen. Ya veremos...

23. La época que viviste en Colombia y donde nació vuestro primer hijo ¿es la mejor de tu vida o, en otras palabras, aquella de la que guardas mejores recuerdos?

- No sé si mi etapa colombiana fue la mejor de mi vida, pero en todo caso fueron tres años magníficos. Los recuerdo con muy especial agrado. Yo me fui a Colombia, a Bogotá, huyendo un poco de la quema, aburrido de la grisura del ambiente, de la hostilidad cultural, de la vida

a salto de mata, y allí me encontré con una tierra de acogida maravillosa. Los amigos fraternales, la espléndida naturaleza, la vida universitaria... Ya digo, tuve tiempo para todo, hasta para perderlo: tuve mi primer hijo, escribí mi primera novela, etc. Además, cuando volví a España, pensé que iba a quedarme por aquí un par de meses y que volvería a Bogotá. Luego se complicaron las cosas y ya no volví, algunas veces lamenté que fuera eso lo que ocurrió.

24. ¿Cuáles son tus lecturas preferidas? ¿Qué estás leyendo ahora?

- Cada vez leo menos novelas, no siento el menor interés por el estado de la novela actual. El modelo ya habitual entre nosotros de novela realista plana me resulta infumable. Pongamos que me refiero a *Mauricio o las elecciones primarias*, la última novela de Eduardo Mendoza, el muy estimable autor de *La ciudad de los prodigios*. Mis gustos no van en absoluto por ahí. Precisamente estoy leyendo una novela recién aparecida, *Autómata*, de Adolfo García Ortega, que me parece de lo más atractiva, por su poética y por su trama, sin parangón en la literatura que se está escribiendo mayormente en España. En la poesía hay alguna excepción valiosa, pero muchos desvíos, muchas obviedades. Acabo de leer *Amor en vilo*, el último libro de Pere Gimferrer, poeta muy de mi agrado, y no consigo entender esa ripiosa tentativa de neoclasicismo erótico, no consigo entender esas derivas en escritores tan relevantes como Gimferrer o Mendoza. En fin, qué más da. Aparte de eso, tiendo a leer textos históricos y memorias. Y a releer, claro. Releo a San Juan de la Cruz, a Góngora, a Montaigne, a Baudelaire, a Rimbaud, a Faulkner, a Kafka, a Juan Ramón Jiménez, a Valle Inclán...

25. Yo también la estoy leyendo. *Autómata* es una novela de una enorme ambición literaria: la cantidad de personajes, de atmósferas, de referencias culturales ... Ese Oliver Griffin que protagoniza la historia es un hombre de acción. En *Tiempo de guerras perdidas* hablas de tu admiración por los personajes de acción, hombres intrépidos que no temen a la muerte. Así era tu admiración por Espronceda, a través de la lectura que del poeta hizo Alonso Narciso Cortés, o por los personajes de Jack London. En muchas ocasiones, ante determinadas experiencias pareces debatirte entre dos tendencias: una, muy arraigada, a la inhibición y otra, más bien fruto de tus admiraciones literarias, a un idealizado deber ser, que te inclina al desafío. ¿Es así?

- Tengo la impresión de que siempre me he movido, humanamente hablando, entre dos polos opuestos, entre la acción, la aventura, por una parte, y la melancolía, la inhibición, por otra. Todo muy literario o, mejor, muy libresco. Yo quise ser marino porque quería emular a los héroes de las primeras novelas que me fascinaron, las ambientadas en el mar, las de Salgari primero, y luego las de London, Stevenson, Conrad, Melville... Pero padecí una afección pulmonar y tuve que afrontar uno de esos paréntesis dedicados a la vida contemplativa y al cultivo de la poesía lírica. Si mal no recuerdo, yo siempre he estado dispuesto a las grandes aventuras y siempre, o casi siempre, me ha frenado la depresión, la salud, el desencanto.

26. ¿Cómo se hace compatible la necesidad permanente que tiene un escritor de ganarse la vida con la aspiración a la libertad personal cuando se escribe?

- Nunca pensé en ganarme la vida como escritor, pero eso fue lo que me ocurrió, acabé viviendo de lo que escribo. Tampoco me quejo. Y eso no ha afectado para nada a mi libertad personal.

27. ¿Qué opinas de los escritores que desempeñan cargos públicos importantes sin dejar por ello de seguir publicando?

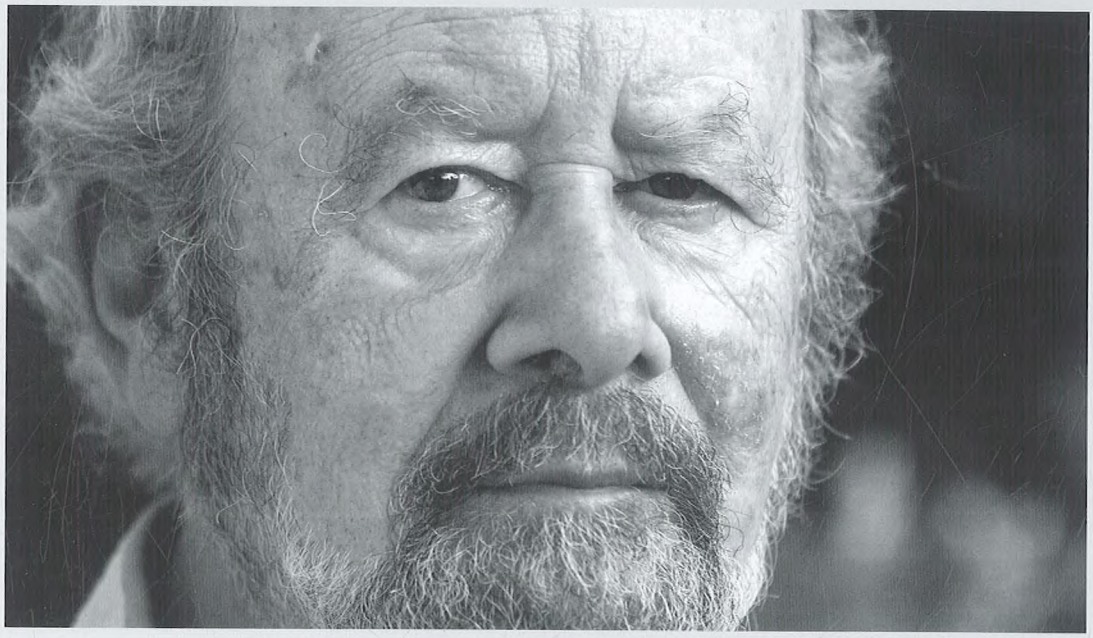
- Ignoro cómo simultanean esas ocupaciones, yo no sabría hacerlo. La actividad política y el trabajo literario no casan bien. Ni que decir tiene que la literatura se opone, se enfrenta por definición, al poder, a toda clase de poder, y mal iba a cumplir con esa premisa intelectual un literato que estuviese implicado en ese poder. Bueno, tampoco estoy muy al tanto de esos pluriempleos...

28. ¿Para quién escribes? ¿Cuál es tu lector ideal?

- Se escribe contra alguien o a favor de alguien, eso es cosa sabida. Cuando escribo pienso en un lector al que va a agradarle lo que digo o en otro al que voy a irritar. Me parece bien que eso ocurra, me anima a no quedarme callado. Estoy de acuerdo con Pavese: la literatura también es una forma de defensa contra las ofensas de la vida. Incluso puedo entender muy bien al que diga que escribe en legítima defensa. Yo lo he dicho alguna vez y me he quedado tan tranquilo.

29. ¿Qué personajes femeninos admiras? En tus memorias apenas hay mujeres relevantes y tus evocaciones de escarceos amorosos se resuelven en una inmensa decepción ...

- Pues yo creo que en mis memorias y en mi obra en general hay algunas mujeres relevantes. Hay mujeres dadivosas, hermosas, inteligentes... Tampoco es que me tiente mucho hacer alarde de semejantes complicidades, soy bastante pudoroso, tengo que vencer mi timidez para evocar mis relaciones con algunas mujeres, con las que he tratado más o menos íntimamente. Y sí, la decepción también puede estar detrás de todo eso. Aunque para mí lo único destacable en este sentido es que conviví muy a gusto con una excelente compañera por espacio de más de 40 años, que no está nada mal.



30. Repasando tu biografía me doy cuenta de que has ganado casi todos los premios importantes de este país, en poesía y en prosa. ¿Eres consciente del reconocimiento que ha merecido tu obra?

- Sí, creo que sí. Mi obra ha sido bien acogida y por supuesto que con generosidad. No tengo ninguna queja en este sentido, me siento remunerado y satisfecho. Pero lo que más me estimula es algo que he venido comprobando recientemente, y es que cada vez tengo más lectores

jóvenes que están de acuerdo con mis últimos modales poéticos. Eso es muy alentador.

31. Tus relaciones con el mundo literario han sido intensas: has visto y conocido muchas cosas, has sido amigo de muchos poetas y novelistas ... ¿con quién has tenido las conversaciones más sabrosas?

- Tampoco han sido tan intensas mis relaciones literarias, han sido bastante normales. Lo que ocurre es ya soy muy mayor y desde que me dediqué a escribir en serio han pasado ya como sesenta años, de modo que he tenido ocasión de conocer a mucha gente, dentro y fuera de España. Pero eso es natural y no tiene nada que ver con mis verdaderos amigos escritores, que han sido muy pocos. Mis primeros amigos de verdad, dentro del gremio literario, aparte de los poetas de mi entorno nativo, fueron algunos hispanoamericanos con quienes coincidí en el colegio mayor madrileño Guadalupe, que fueron luego escritores eminentes en sus respectivas literaturas y a los que me unió una amistad fraternal: Eduardo Cote, Jorge Gaitán, Julio Ramón Ribeyro, Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Martínez Rivas... En ese colegio también vivían otros incipientes letraheridos españoles -Pepe Valente, José Agustín y Juan Goytisolo, Emilio Lledó- con quienes inicié una relación muy afectuosa. Luego ya vinieron otros amigos del grupo del 50... Que yo recuerde, las conversaciones más notables y gratas las mantuve con Carlos Barral, que era muy culto y petulante, con Juan García Hortelano, que era muy divertido, con Ángel González, con quien tanto he trasnochado...

32. Imagínate que debes seleccionar un poema de tu obra ¿cuál es, en tu opinión, el poema más importante que has escrito?

- No tengo ni idea, no podría saberlo. Mejor que un poema quizá habría que elegir fragmentos de varios poemas. Sería magnífico que esos fragmentos compusieran ese buen poema que justifica la vida de un poeta.

33. ¿Buscas la crítica de lo que escribes, o prefieres confiar en tu criterio?

- Confío exclusivamente en mi criterio. Creo que nadie está capacitado para corregirme, al menos en lo que se entiende por ámbito artístico de un poema, por ese componente estético que ocupa más espacio que el texto del poema. Soy mucho más abierto a la crítica ajena en el terreno de la prosa narrativa, que es harina de otro costal.

34. ¿Qué opinas de la crítica de poesía que se escribe en España? Algún libro reciente denuncia su falta de cintura para comprender las poéticas del presente.

- No sé de qué va la cosa, sé muy poco de eso...

35. ¿Alguna vez has pensado realmente en dejar de escribir?

- Algunas veces, sí... Luego se me olvida y vuelvo a las andadas. Yo en ningún caso escribo por obligación o porque me sienta instado a hacerlo por ninguna exigencia profesional. Bueno, en no pocas ocasiones he escrito por encargo artículos, algún texto ocasional, pero eso es otra cosa. Yo escribo cuando me siento absolutamente necesitado de hacerlo. Si me sale bien, sigo adelante, y si no me sale bien, lo dejo y en paz. Por eso, cuando pasan varios meses y me siento incapaz de escribir a mi gusto, pienso muy en serio en librarme de todos esos quebraderos de cabeza y dejar de escribir. Sería sumamente peligroso luchar contra eso, y además no sé si me iba a compensar... Lo que también me haría dejar de escribir definitivamente es cuando no creyera que el fundamento de un texto literario es su articulación artística.

•

Al cabo de un tiempo prudencial reaparecerá Pepa, cordial como siempre, proponiendo un aperitivo que como es lógico será muy bien acogido. Me dejo llevar por la sugerencia del escritor y tomamos un oloroso seco, su jerez preferido, con unas almendras bien tostadas. Seguimos hablando un poco de todo. Yo siempre he sido una pésima conversadora que, por segunda vez, me veo en el papel de asumir la trascendencia (por escrito) de un diálogo. Pero Caballero Bonald y Pepa Ramis no son precisamente de los que ponen dificultades a la conversación. A la espalda del escritor, pero no precisamente como algo que pese, hay muchas horas de tertulia con los amigos y eso se nota en la falta de prisa con que habla. Detesta la afectación y eso lo hace todo muy fácil. Cuando me despido del matrimonio ya es de noche y el viento ha dejado de molestar.